

desfondados con el fin de que no pudiera aprovecharlos el enemigo. Eran las dos de la tarde; el ala izquierda rusa se mantenía todavía firme y aguardaba por momentos el ataque decisivo. Mandíbala el teniente general Braun, obligado á hacer las veces de Fermor que huía. A las tres comenzó Federico el Grande la segunda batalla de Zorndorf, atacando por un lado con su ala derecha á los rusos para dar á la izquierda tiempo de volver á formarse. Su ala derecha acababa de sostener victoriosamente una séria lucha con los cosacos, cuando la caballería regular rusa se arrojó sobre el ala izquierda, haciendo huir como por la mañana á los regimientos de la Prusia Oriental, y siendo inútiles todos los esfuerzos para detenerlos. La derrota de esta parte del ejército de Federico había sido completa, á pesar del valor que mostraron los regimientos de infantería que habían llegado con el rey de la Silesia, si no hubiese decidido la victoria otra vez Seydlitz, que con 61 escuadrones de coraceros, dragones y húsares se precipitó sobre la caballería enemiga, la dispersó á la primera embestida y atravesó de la misma corrida con ímpetu irresistible las masas de infantería rusa de doce filas de fondo, dejando tras de sí un anchísimo boquete que permitió á la infantería prusiana penetrar en las masas rusas. Los regimientos brandeburgueses, apoyados por el fuego de su artillería que pudo volver á funcionar, dieron el último golpe en aquella sangrienta lucha cuerpo á cuerpo, y al acercarse la noche se había ganado también la batalla en el ala derecha y estaban arrojados los rusos, parte al otro lado de la hondonada del Zabergrund y parte hasta Quartschen. Ambos ejércitos se hallaban tan fatigados por las diez horas de lucha y de matanza, que resultó una tregua tácita para el día siguiente. El 27 Fermor, después de haber tenido por todos conceptos más de 20,000 bajas, dió un rodeo sobre Zorndorf y llevó todo el ejército á su campamento fortificado cerca de Klein-Camin, desde donde se dirigió el 31 á Landsberg del Warte. Allí creyó Federico poder dejar á los rusos, para volverse otra vez contra los austriacos.

Los caudillos austriacos no habían tenido energía ni resolución suficientes para aprovechar la ausencia del rey y liberar la Sajonia. Cuando Federico II volvió á quedar libre para operar por aquel lado, su hermano Enrique, que acampaba con solos 20,000 hombres en Gamig no lejos de Dohna, tenía en frente de sí, en Pirna al ejército federal mandado por el príncipe Federico de Dos Puentes, y al de Serbelloni, que juntos componían 30,000 hombres, y en Stolpen al feldmariscal Daun con 50,000 hombres. Ninguno de estos dos ejércitos se había atrevido á emprender un ataque aislado, ni tampoco habían sabido ponerse de acuerdo los jefes de ambos para un ataque común. El plan que al fin habían llegado á combinar y que debía ser ejecutado el 6 de setiembre, se evaporó á la simple noticia de que el rey Federico se había vuelto á reunir con su ejército de Silesia y se aproximaba á marchas forzadas á la Sajonia.

Desde Blumberg cerca de Zorndorf había escrito el rey de Prusia en 2 de setiembre á su hermano: «El auxilio os llegará más pronto de lo que creéis.» El 8 escribió ya desde Elsterwerda: «Ya lo veis; no hemos perdido tiempo para acudir á vuestro auxilio. En 7 días hemos hecho 24 leguas alemanas (180 kilómetros) y á pesar de esto nos encontramos en disposición de pelear con tal que S. E. Ilustrísima de Kolin se digne aprontar para ello su pescuezo.» El 11 de setiembre ya se halló con dos regimientos de caballería en Dresde, y acompañado de Seydlitz examinó con su hermano la situación política, hizo acampar después su ejército entre Dresde y Stolpen, lisonjeándose de sacar con esto á campo raso al feldmariscal Daun desde su inaccesible nido de águilas y librarle batalla. No se dió Daun por entendido y per-

maneció en su puesto á fin de retener al rey Federico, é impedirle acudir al socorro de Neisse, que se habían propuesto sitiar los generales Harsch y Ville. En la noche del 5 de octubre púsose en marcha Daun y llegó hasta Kittlitz, donde acampó otra vez en una posición muy fuerte. Federico, que le había seguido, situó su ejército exactamente enfrente, cerca de la aldea de Hochkirch, el día 10 de octubre, mientras otra parte de sus fuerzas, mandada por el general Retzow, se colocó al Nordeste junto al arroyo de Löbau cerca de Weissenberg.

Desde Rodewitz que está inmediato á Hochkirch escribió Federico en 11 de octubre á su hermano Enrique: «He recibido cartas muy interesantes para emprender el sitio de Neisse. La experiencia del año pasado me ha enseñado que no debo confiar en los comandantes de mis fortalezas; por esta razón es preciso estar siempre preparado para correr á su auxilio cuando lo necesiten. Sé que el enemigo ha construido un campamento cerca de Görlitz; pero no puedo atacarle en todas las alturas que ocupa; por manera que no me queda otro recurso sino rodearlo para ver si puedo tomar una posición que me permita cortar su comunicación con Görlitz. Esto tendré que hacer pasado mañana.»

El día 13 era el destinado para ejecutar el rodeo y poder correr al auxilio de Neisse gravemente amenazada. A fin de que el enemigo no conociera su intención, permaneció Federico en sus posiciones, confiando esta vez demasiado en la habitual repugnancia de su enemigo de pasar á la ofensiva, mientras Daun por su parte no supo explicarse la singular actitud de Federico. Un convoy de pan que no llegó en el tiempo calculado obligó á Federico á continuar en la misma posición todo el día 13, y antes de poder ponerse en marcha fué atacado de improviso por Daun en la noche de aquel mismo día. Daun tenía 65,000 hombres y entre ellos mucha tropa ligera que le resguardaba de toda sorpresa, al mismo tiempo que desde las alturas que ocupaba, podía observar á sus anchas la posición de las fuerzas de Federico que no eran más que 30,000 hombres, de cuyos movimientos no se escapaba ninguno de la vista del general austriaco, mientras Federico desde la parte baja no veía los de su adversario porque les ocultaban los bosques. En tal posición, viendo Daun que su temible enemigo por un descuido tan inusitado casi se le entregaba, no necesitó las instancias apasionadas de Lacy, Laudon y del general francés Montazet, para saber lo que tenía que hacer, porque en su lugar lo habría sabido también el último soldado; tan clara estaba la situación.

Daun formó su plan con admirable prevision sin omitir nada de lo que pudiera asegurar su completo éxito. El mismo dijo en su instrucción: «Después de haber reconocido la posición del enemigo, tanto en su ala izquierda (Weissenberg), como en su derecha (Hochkirch), resulta que no solamente puede ser ésta atacada con ventaja de frente, sino que también puede ser rodeada y atacada por la espalda; de modo que debe dirigirse allí el ataque principal. El frente del enemigo está perfectamente protegido por hondonadas y por la aldea de Lausig (Lauska); de consiguiente no puede dirigirse allí un ataque formal; pero debe destinarse á este punto un cuerpo de infantería y caballería bastante para distraer al enemigo, y dividir sus atenciones. Esto sin embargo no ha de durar mucho, sino que este cuerpo debe pasar por los desfiladeros tan pronto como el ala derecha del enemigo quede derrotada y sean ocupadas por los nuestros las alturas de Hochkirch. El segundo ataque se dirigirá exclusivamente contra el ala izquierda por la parte de Serko (Sarka); pero este ataque no debe hacerse con la misma violencia que el primero delante de Hochkirch, porque al

principio no tiene más objeto que entretener al ala izquierda del enemigo para impedirle servirse de ella y apoyar su derecha.

«Tan pronto como esté derrotado el enemigo con la ayuda de Dios en su ala derecha, y se conozca desde el otro extremo que hemos tomado á Hochkirch, se atacará también allí con toda la violencia posible.—Las tropas se pondrán en marcha para ocupar sus posiciones en el silencio de la noche á fin de proceder al ataque general media hora antes de ser de día, y tan pronto como se vea que en el ala izquierda se halla todo á punto, obrará la derecha en conformidad y procederá al ataque cuando el ala izquierda haya hecho sus primeras descargas. A la derecha y á la izquierda formarán los croatas un cordón para evitar las deserciones.—Que nadie se entretenga mucho en hacer prisioneros.»

De estas disposiciones del general austriaco resulta que su operación principal consistía en la toma de Hochkirch, en la cual estribaba el buen éxito de todo el plan. A las 5 en punto de la madrugada salió la división de Laudon de su emboscada; sus panderos arrollaron los puestos avanzados enemigos, y los croatas y granaderos húngaros y valones penetraron por todos lados en el campamento prusiano. Los prusianos, á la sazón profundamente dormidos, se despertaron sobresaltados, sin tener apenas tiempo de empuñar las armas; el mismo Zieten, que no había hecho desensillar los caballos, fué rechazado por la tropa más numerosa de Laudon, y cuando rompió el día los austriacos se habían apoderado de la gran batería de 20 cañones de grueso calibre destinada á cubrir el ala izquierda prusiana. Alcanzada esta ventaja, echáronse los austriacos con un supremo esfuerzo sobre la aldea de Hochkirch.

Hasta aquí todo había salido bien á los austriacos; la sorpresa había sido completa. El más vigilante de todos los ejércitos se había dejado sorprender en la noche más oscura; pero una vez despertado y vuelto en sí, mostró toda su fuerza terrible. Para todo otro ejército, semejante sorpresa habría concluido por una huida general; pero no sucedió así á los prusianos de Federico el Grande para los cuales empezó la verdadera batalla cuando conocieron su situación.

Despertado Federico por el estampido del cañón, sin saber lo que pasaba, tomó tres brigadas de su centro que apresuradamente se habían vestido y armado, y corrió con ellas hacia la derecha. La niebla era tan espesa que no se veían los objetos más inmediatos. Conoció, sin embargo, Federico que el enemigo se había apoderado de la batería grande, porque demasiado se lo indicaban las balas de grueso calibre que procedían de aquel punto y que él sabía no podían ser de cañones austriacos. Solo cuando se levantaron las llamas de las casas incendiadas de Hochkirch se despejaron un poco las espesas tinieblas. A favor de esta luz dirigióse el rey á la espalda de su campamento para dar vuelta en torno de la aldea, y entonces atacó á un grueso de granaderos austriacos, de los cuales se le rindieron 3,000 para volver á escaparse un momento después á favor de la confusión. Dado al fin el rodeo, la infantería prusiana empezó por el otro lado de Hochkirch á atacar á los austriacos; algunos escuadrones enemigos que no habían sido vistos en la oscuridad la hicieron retirar; pero entre tanto, dos regimientos de coraceros prusianos se arrojaron sobre la infantería de Laudon arrollando á todos cuantos se les pusieron delante, hasta que las descargas de metralla los obligaron á retroceder junto á la infantería del rey. Al otro lado Keith y el príncipe Mauricio de Anhalt se esforzaban por recobrar la gran batería perdida; se pusieron á la cabeza de algunos batallones y trataron de atravesar la aldea; pero el paso era tan estrecho que solo podían marchar siete hombres de frente y hubieron de re-

troceder ante la gran superioridad del enemigo. El feldmariscal Keith murió en la pelea y el príncipe Mauricio quedó gravemente herido. Tres nuevos ataques dieron los prusianos en medio de la general matanza, tratando de penetrar en la aldea incendiada, y otras tantas veces fueron rechazados por los regimientos austriacos, cada vez más numerosos. En el cementerio se sostuvo heroicamente hasta lo último un batallón á las órdenes del comandante Langen, del cual, cuando el rey á las 10 de la mañana dió la batalla por perdida, no quedaba más que un puñado de hombres, que en una tentativa para abrirse paso á la bayoneta cayeron todos, menos unos cuantos, igualmente muertos ó heridos.

Protegido por la caballería de Seydlitz, y seguido por la división del general Retzow que se había sostenido felizmente en el ala izquierda hasta recibir la orden de marcha, empezó el ejército prusiano su retirada sobre Bautzen con tal serenidad y tan buen orden, que impresionaron al enemigo y no tuvo ganas de perseguirlo seriamente, contentándose con los ricos trofeos adquiridos. Nunca en efecto había dejado tantos un ejército prusiano en manos del enemigo, pues consistían en 101 piezas de artillería, 28 banderas, 2 estandartes, casi todas las tiendas de campaña y una gran parte del bagaje. Las bajas de los prusianos subieron á unos nueve mil hombres, y las de los austriacos pasaron de 5,000; de suerte que la victoria les había costado cara; y lo peor era que no tuvo ninguna consecuencia útil; porque Federico á pesar de su derrota logró todo lo que había anunciado como propósito suyo en su carta del 11 de octubre; y en cambio nada ganaron los vencedores, que hubiese podido compensar sus grandes pérdidas.

En su nuevo cuartel general en Doberschütz recibió Federico la noticia de la muerte de su hermana Guillermina de Baireuth. No le sorprendió este suceso, porque desde el mes anterior sabía que estaba gravísimamente enferma; pero no por eso fué menor su sentimiento porque amaba tanto á su hermana, que puede decirse que fué la persona que más quiso. Impresionado por las noticias de Baireuth escribió en 21 de setiembre á su hermano, como si este pudiese detener el curso del destino: «No me quiteis, os conjuro, la esperanza, única ánora de los desgraciados; considerad que me he criado con mi hermana de Baireuth, que los afectos de la primera infancia son indestructibles, que entre nosotros ha existido siempre el lazo del más cariñoso amor, que somos dos corazones y una sola alma, que después de las desgracias que he sufrido solo me falta esa para hacerme la vida insoportable, ya que las otras no han podido lograr rendirme.» Y más adelante dice: «Las cartas de Baireuth me desesperan; de dos años acá soy muy desgraciado, no falta sino esta catástrofe para aniquilarme.» En 18 de octubre supo que lo que temía el 14, el día de su derrota, había sucedido; pero ocupadísimo en disponer lo necesario para desquitarse del descalabro, solo encontró en su corazón una palabra conmovedora de recuerdo. En la carta que dirigió á su hermano mandándole acudir á unirse con él á la mayor brevedad, puso por final: «¡Gran Dios! ¡Mi hermana de Baireuth!»

El príncipe Enrique cumplió con la orden; partió de Gamig y llegó á Doberschütz el 21 de octubre con cinco escuadrones, ocho batallones y 12 piezas de grueso calibre, que el rey le había pedido en la citada carta para su marcha á Silesia. Pocos días después emprendió la marcha en unión de su hermano, mientras el comandante general Finck quedó con el débil resto del ejército de Sajonia en Gamig. Daun, que entretanto no se había movido de su posición, escribió entonces al general Harsch: «Tengo aherrojado aquí al rey de Prusia; le he cortado la comunicación con Silesia.» Ignoraba



el bueno del general que se engañaba completamente. El 24 y 25 de octubre Federico, marchando sobre Marschwitz y Weigersdorf, dió un rodeo con su ejército hasta Ullersdorf y desde allí se dirigió á Görlitz, adonde llegó el 26 de octubre. Cuando Daun pudo advertir que el enemigo se había marchado, vió que no era Federico, sino él, quien tenía cortada la comunicacion con Silesia; de modo que el golpe de Hochkirch solo había retardado pero no impedido la realización del plan del rey de Prusia. Mucho valió á este último la impresion terrible y duradera que había dejado en el ejército enemigo la lucha desesperada del suyo cuando la sorpresa de Hochkirch. Con espanto verdadero había visto Daun que el enemigo se le había escapado de entre las manos cuando mas firmemente creía tenerle clavado en el sitio. Al saber el 26 que el rey de Prusia estaba en Görlitz, levantó el mismo día su campamento y se fué tras él hasta Landskrone, donde tuvo cuatro días de tiempo para atacar al ejército prusiano, el cual permaneció hasta la noche del 30 en Görlitz para reponer los viveres y cuidar de los enfermos y heridos. Pero Daun no atacó entonces á los prusianos, antes bien en un consejo general que celebró en 29 de octubre, resolvió con el asentimiento unánime de sus generales, abandonar la Silesia completamente y volverse atrás para tomar con el auxilio del ejército federal la ciudad de Dresde, que segun creía no defendería Finck con su puñado de gente; resolucion que no puede atribuirse sino á una repugnancia invencible á dar otra batalla contra el rey de Prusia.

Federico se puso en marcha con sus fuerzas el 30, dirigiéndose á la Alta Silesia. A los seis días de camino, hallándose próximo á Münsterberg, recibió la noticia de que el general Harsch había levantado el sitio de Neisse y abandonando municiones y otra impedimenta de guerra, se había retirado á toda prisa á Bohemia. Igualmente supo que el enemigo había renunciado al cerco de Cosel y que el general Ville había retrocedido hasta Troppau; todo lo cual era efecto de la mera aproximacion del vencido de Hochkirch. Con estas noticias, Federico volvió atrás por el mismo camino que había llevado y llegó á la capital de Sajonia bastante á tiempo para quitar á Daun las ganas de emprender nada contra la ciudad, y obligarle á buscar á toda prisa cuarteles de invierno seguros en Bohemia.

En las cuatro semanas que habían trascurrido desde la jornada de Hochkirch, Daun se había dejado arrancar hoja por hoja toda su corona de laurel. El júbilo que al principio había causado entre los suyos su victoria, se convirtió en las mas amargas quejas contra su conducta vacilante y débil, y contra su torpeza para aprovechar la victoria que tan cara había costado.

El rey Federico en cambio siguió siendo dueño de Silesia y Sajonia al espirar aquel año. De todos sus enemigos solo los franceses habían obtenido algunas ventajas por tierra, ventaja que abandonaron antes de que concluyera el año, mientras habían sido constantemente desgraciados por mar.

Sin embargo, ninguna esperanza de próxima paz podía abrigar Federico II, cuyo corazón manaba todavía sangre por la muerte de su hermana. Así fué que escribió el 22 de diciembre desde Breslau al marqués de Argens en Hamburgo: «Estoy cansado de la vida; el mismo judío errante no deseaba morir mas que yo. He perdido todo cuanto amaba y veneraba; los que me rodean son desgraciados á quienes la miseria de las circunstancias me priva de auxiliar. Todavía me persigue el cuadro de la ruina de nuestras provincias mas hermosas y de los horrores que allí han practicado fieras en forma humana. Poco falta para que me vea obligado á hacer en mi vejez el papel de rey de teatro, y semejante posición no es propia para cautivar el alma de un filósofo, y

hacerle amar la vida; en esto estará V. ciertamente conforme conmigo. Agobiado de trabajos de toda clase, repugnándome todo, llevo la vida de un anacoreta. Coma V. en Hamburgo ostras y langostas; tráguese V. las píldoras de todas las boticas; disfrute V. de todas las lavativas que le receten esos médicos; enciérrese V. herméticamente en su cuarto, y si con semejante vida se cree V. bienaventurado como en la gloria, acuérdesse también de un pobre maldecido, á quien Dios ha condenado á hacer la guerra hasta el fin del siglo y á caer para no levantarse bajo el peso de sus trabajos.»

VI.—EL CARDENAL BERNIS; EL DUQUE DE CHOISEUL Y LA ANULACION DEL CONVENIO DE PARTICION DEL 1.º DE MAYO DE 1757.

Si la causa de la paz no progresaba, no era ciertamente culpa del abate Bernis, enfermo desde muchísimo tiempo, y cuya enfermedad empeoraba de día en día con la pena que le causaban la anarquía en el gobierno, y el mal éxito de las dos guerras que sostenía su país. Anhelaba ardientemente ver concluidas estas guerras que arruinaban á la Francia; pero su debilidad de carácter le había conducido á despecho de su clara inteligencia, á enredar á su país en la guerra de venganza del Austria, y á dejar obrar á los demás, cuando su convicción le ordenaba lo contrario. También conocemos ahora las cartas en las cuales desahogó su corazón cuando vió cumplirse sus peores pronósticos y sabemos el afán con que trabajó para sacar á la Francia del atolladero de su política suicida y de sus sacrificios por intereses ajenos. Mucho pecó Bernis como patriota, y errores imperdonables cometió como hombre de Estado cuando negoció y finalmente aceptó el tratado secreto del 1.º de mayo de 1757 tal como se lo propuso el conde Starhemberg; pero hecho el mal, tampoco omitió nada de cuanto estuvo en su mano como patriota y hombre de Estado, para remediarlo y para reintegrar al país en su situación independiente y devolverle la posesion de sí mismo.

La marcha de la guerra marítima de los franceses en el año 1758 confirmó, lo mismo que la guerra terrestre, los mas tétricos augurios de Bernis. Soubise parecía haberse desquitado del descalabro que había tenido en Crefeld el 23 de junio, cuando con fuerzas superiores penetró en el territorio de Hesse; cuando su vanguardia, conducida por el duque de Broglie, derrotó en una accion sangrienta, en 23 de julio, cerca de Sangershausen, á los hesseses y á los cazadores hanoverianos mandados por el príncipe de Isenburg; y cuando Contades, que había reemplazado á Clermont en el mando superior del ejército del Rhin, hubo obligado al príncipe Fernando á retirarse á Westfalia el 8, 9 y 10 de agosto, y llegado hasta el rio Lippe, donde se convenció de que el enemigo se había fortificado allí en una posición inexpugnable. El resultado, sin embargo, de todas estas ventajas fué que por efecto de los infinitos saqueos, exacciones, robos y contribuciones de guerra que sufrió el país, especialmente en el Hesse y en el Hanover, el jefe de las tropas francesas tuvo necesidad de disponer la retirada general, por no ofrecer ya ningun recurso aquellos territorios esquilados. Después de haber derrotado Soubise al general Oberg cerca de Lutternberg en las inmediaciones de Münden el 10 de octubre, tomó cuarteles de invierno detrás del Mein, y Contades, como antes Clermont, tomó los suyos al otro lado del Rhin. El único fruto de toda esta campaña fué dar el tan deseado pretexto para conceder á estos dos generales el baston de mariscal.

En el mar, en las costas y en sus colonias se vió perseguida la Francia por la desgracia mas constante. Pitt no se

Esto en cuanto á la carta; la Memoria presenta un cuadro tan completo y tan claro de la situación y del hombre que la escribió, que no podemos pasarla aquí por alto ni tampoco contentarnos con un extracto. Por eso la copiamos literalmente:

«MEMORIA PARA EL REY.»

» Para abreviar esta Memoria suplico á V. M. que pida á la señora de Pompadour los pormenores de lo que voy á referir aquí abreviado.

» Desde la retirada del Rhin; desde la confusion y desgracias que la originaron, y desde que los ingleses desembarcaron en Luisburgo, he previsto solo infortunios.

» Vuestra Majestad recordará que ya en el año pasado, inmediatamente después de la batalla del 5 de diciembre (Leuthen), comprendí la necesidad de pensar en la paz y de convertir á esta idea á nuestros aliados sin exponernos á un rompimiento con ellos. V. M. sabe la resistencia que opuso la corte de Viena á este propósito, mas yo no me dejé extraviar, porque creía que las obligaciones de Vuestra Majestad eran superiores á sus fuerzas; que su hacienda no llegaba á tanto; que la administración de la guerra y de la marina arruinarían sus Estados y deshonrarían á la nación. Entonces mandé rebajar los subsidios que se pagaban al Austria hasta la mitad, y aproveché todas las ocasiones para inducir á aquella corte á la paz. Prometí pensarla pasada esta campaña. No es difícil comprender que solo quiere ganar tiempo y continuar la guerra. Yo no me opondría á ello si V. M. pudiese prestarse á tanto sin exponerse á los mayores peligros; pero faltaría á mi deber si ocultara á Vuestra Majestad que el Estado se halla en peligro si estos gastos no se disminuyen considerablemente y si no oponemos á la Inglaterra en el año próximo la resistencia mas enérgica.

» Mi salud, resentida desde mas de un año á esta parte, se empeora de día en día, mi cabeza no está en orden y no concibe con claridad. El sueño huye de mí, y mi espíritu se extravía siempre que pienso en el porvenir. Si la gloria y la dicha de V. M. no me afectasen tanto, tendría mas fuerza para servir á V. M.; pero confieso que el papel que se me obliga á hacer en Europa, poniéndome en el caso de faltar continuamente á mi palabra, me desgarran el corazón; y hoy, cuando conviene rescindir el pacto secreto y todos los demás que han sido su consecuencia, me falta el valor moral para declarar abiertamente mi opinión; ni siquiera me es ya posible, habiendo perdido toda mi autoridad, ser útil á V. M. como ministro de negocios extranjeros (secretario de Estado). Solo un ministro nuevo puede contraer obligaciones nuevas. Tan penetrado estoy de esta verdad, que hace cuatro meses he hablado muy seriamente sobre este particular á la señora de Pompadour, á fin de que lo comunicase á V. M. Tengo motivos para creer que al principio esta señora se figuró que alguien me había calentado la cabeza ó que alguna ofuscacion oscurecía mi entendimiento. Apelo ahora, señor, á la consideracion de Vuestra Majestad y le suplico sumisamente que reflexione si me es posible llenar dignamente un puesto, cuya base es la confianza y la buena fe, faltando yo á mis compromisos. Vencido de esta verdad, martirizado por el dolor y la inquietud, viendo extinguirse mi salud, escribí al señor de Stainville una carta confidencial, en la cual le expuse mi situación. Antes había ya hablado con la señora de Pompadour, y le dije que el Sr. de Stainville podría reemplazarme, para lo cual le di razones que no la convencieron. El señor de Stainville mostró pocos deseos de aceptar un puesto tan delicado, pero pareció dispuesto á aceptarlo si V. M. se

cansaba de armar escuadras de desembarco, cuyo éxito no correspondió siempre á lo que habían costado; pero no por eso dejaron de causar muchísimo daño á la Francia. El primer desembarco se efectuó en el mes de junio en la bahía de Cancale con objeto de conquistar la plaza de Saint Maló. Los ingleses no lograron este objeto; pero quemaron 100 buques franceses y destruyeron las maestranzas. Una segunda expedicion destruyó en agosto completamente el puerto de Cherburgo. Una tercera dirigida otra vez contra Saint Maló fracasó completamente; pero en cambio era felicísima la guerra encarnizada de corso que hacían los ingleses á la marina francesa dedicada al comercio entre la Francia y sus colonias; y de estas últimas perdió la Francia las del Senegal y con ellas su comercio con Africa. Un golpe principal dieron los ingleses en América, donde conquistaron en 26 de junio á Luisburgo, que después de una heroica resistencia, se rindió al ejército inglés de desembarco mandado por dos distinguidísimos oficiales, Amherst y Wolfe, que habían llegado allí en la escuadra del almirante Boocawen. Desde entonces pertenece el rio San Lorenzo á los ingleses.

En 25 de noviembre conquistó Washington con sus milicias el fuerte de Duquesne, que desde entonces se llama Pittsburgo, y con esta plaza perdieron los franceses también el valle del Ohio.

Estos fueron los resultados de las guerras que hizo por mar y por tierra la Francia con gran derroche de dinero y de vidas, perdiendo una tras otra sus posesiones mas preciosas, y desesperando al abate Bernis, desesperacion que le honra en extremo. Su afán incansable de hacer la paz nacia de los motivos mas dignos, y tanto mas desinteresados cuanto que aquel deseo le enajenaba las simpatías de la corte, la cual á cada sonrisa fugaz de la fortuna volvía á su acostumbrado y ciego delirio. En la opinion pública tampoco podía contar con simpatías, porque le había condenado desde la jornada de Rossbach como fundador de la alianza con Austria, y no le habría perdonado, aunque hubiese llegado á su noticia su arrepentimiento tardío.

Todo esto no tuvo ninguna influencia en su resolucion varonil de salvar á última hora lo que era posible salvar en aquel cataclismo provocado ligeramente; y á esta resolucion sacrificó lo que ningun ministro al uso habría sacrificado nunca, sobre todo sabiendo que nadie se lo había de agradecer, como en efecto jamás lo agradecieron sus contemporáneos. La posteridad solo pudo apreciarlo cuando se publicó su correspondencia con el rey, con la Pompadour y con el conde de Stainville. Voluntariamente cargó Bernis con la cruz del papel mas ingrato imaginable perdiendo en ello todo lo que había ganado, pero con algun beneficio para su patria.

En 4 de octubre de 1758 remitió á la marquesa de Pompadour una Memoria destinada para el rey diciéndole en la carta con que la acompañaba: «Suplico á V. encarecidamente que lea mi escrito con atencion. Puede V. considerarlo como mi testamento. No contiene una sola palabra que no sea la expresion de mi conviccion mas íntima. Vendrá día en que se me conozca y se me haga justicia. Jamás hombre alguno ha amado tanto como yo al rey y al país, solo por lo que el uno y el otro son en sí. Mi desgracia ha sido hacer con demasiada rapidez una carrera brillante. Usted misma sabe cuánto trabajo le costó vencer mi resistencia y hacerme salir de mi oscuridad. No es culpa mia si he llegado á elevados puestos. Yo no deseo mas que la felicidad del rey y la gloria de la nacion, y alcanzado este objeto, poder morir ó vivir tranquilamente con mis gallinas; esto es todo lo que pido. La verdad es que no puedo mas; debo de tener algun mal en el hígado porque todos los días me acometen grandes dolores de estómago.»